

BRUCE MAZLISH: *The Fourth Discontinuity. The Co-Evolution of Humans and Machines*. Yale University Press, New Haven y Londres, 1993. 271 páginas¹.

LA MÁQUINA O LA VIDA

Entre los numerosos textos publicados en los últimos años sobre la repercusión del desarrollo tecnocientífico en la identidad del ser humano, esta obra destaca particularmente. Su propuesta consiste en un exhaustivo análisis de la relación del hombre con las máquinas, enfocada desde una perspectiva histórica que el autor domina con maestría y que ayuda a profundizar sobre una cuestión tan inquietante como actual. Bruce Mazlish, catedrático de historia en el MIT, es el responsable de este texto de gran repercusión, ganador del Eugene M. Keyden National University Press Book Award.

La cuarta discontinuidad del título hace referencia a una clasificación hecha por Sigmund Freud en la decimotava de sus *Lecciones introductorias al psicoanálisis*, dictadas en la universidad de Viena entre 1915 y 1917. Freud señala el lugar que su obra ocupa entre los grandes pensadores que han provocado al hombre las más grandes decepciones de sí mismo, las tres heridas narcisistas. Primero fue Copérnico, quien nos enseñó que la Tierra «no era el centro del universo, sino un fragmento minúsculo de un sistema cósmico de una inmensidad difícilmente imaginable»². El segundo fue Darwin, que «destruyó el lugar supuestamente privilegiado del hombre en la creación y demostró que descendiendo del reino animal»³. El tercero fue el

propio Freud. En sus propias palabras admitía o reclamaba que el psicoanálisis «busca demostrar al ego que no es siquiera amo en su propia casa, sino que se debe contentar con la escasa información de lo que ocurre de forma inconsciente en la mente»⁴ (p. 3).

En este punto es donde Mazlish entra en escena para aportar nueva información. En su opinión, debemos afrontar una nueva decepción, a saber, que el hombre no es un ser tan privilegiado como se supone en relación con la tecnología. Mazlish está convencido de que «la trascendencia de la cuarta discontinuidad es esencial para encajar de forma armónica en un mundo industrializado»⁵. Según él, no somos muy diferentes de las máquinas, ya que éstas imitan la vida y han llegado a perfeccionarse y a integrarse de tal modo en nuestra cultura y nuestro cuerpo que se hace difícil distinguirlas de nosotros mismos.

A través de un recorrido por la historia de la ciencia, Mazlish nos redescubre la relación entre naturaleza y artificio, para desembocar en un presente en que este vínculo se ha convertido en eje vertebral de la cultura y la identidad. Desde el siglo XVII, el enfrentamiento entre cartesianos y anti-cartesianos gira en torno a la visión del hombre como máquina. Pero Mazlish va más atrás y reconstruye la historia de los autómatas, que tiene precedentes en las antiguas civilizaciones china, egipcia y griega. La literatura fantástica es también objeto del análisis de Mazlish. Su interpretación de los textos clásicos del género (Frankenstein de Mary Shelley,

¹ Traducción al castellano de M. Arnáiz Ortega y A. L. Sanz Sáenz, *La Cuarta Discontinuidad*, Alianza Editorial, Madrid, 1995.

² S. Freud, *Lecciones Introductorias al psicoanálisis*.

³ *Ibidem*.

⁴ *Ibid.*, p. 3.

⁵ Mazlish, *La Cuarta discontinuidad*.

R.U.R. de Karol Capek, ...) aporta un conocimiento de las circunstancias en que se produjeron, que trasciende el mero análisis simbólico. La Revolución Industrial supone el comienzo de una era en la que siguiendo su exposición, la humanidad evoluciona hacia la mecanización. Y el siglo xx refuerza esta tendencia desde dos frentes, la Revolución Biogenética y la Revolución Informática. Este proceso lleva implícito una hipertrofia del sentimiento de omnipotencia, ya que «al crear las máquinas, los humanos se atribuyen cualidades divinas o, al menos prometéticas»⁶. El ser humano aborda una nueva identidad: se convierte en el único agente responsable de la evolución sustituyendo a la naturaleza y, al mismo tiempo, se mimetiza con su criatura mecánica.

Mazlish nos advierte de que las máquinas nos están clonando y que estos alter-egos sin inconsciente nos fascinan, nos inquietan y nos alivian al poderles contemplar como simplificaciones eficaces de nosotros mismos. En las últimas líneas de su libro, el autor propone «el reconocimiento de que la evolución biológica humana, ahora mejor comprendida en términos culturales, obliga a la humanidad —nosotros— a aceptar la

conciencia de que herramientas y máquinas son inseparables de la naturaleza evolutiva humana»⁷. El autor atrae la atención sobre un tema crucial, el materialismo dominante en todos los ámbitos de la vida que nos impulsa a reducirnos a biología y que invita a descartar todo lo que no podemos reparar con el destornillador o el bistorí.

La tecnología imita y supera nuestra condición biológica. Nuestro soporte físico puede ser trascendido, invadido, mejorado y aniquilado por una creación del hombre. También el pensamiento racional está siendo superado por ordenadores de inteligencia artificial. Pero ninguno de estos artilugios intuyen siquiera cómo reproducir el inconsciente humano. Creo que el empeño por dominar el entorno físico y definirnos unidimensionalmente en el plano del control y de la coevolución con las máquinas, ignorando el mundo interno, está condenado a fracasar. Pero Mazlish no hace sino diagnosticar una situación de la que no es responsable, sino un testigo privilegiado que puede alertarnos sobre los riesgos que nos esperan en el siglo XXI.

JUAN CARLOS PÉREZ JIMÉNEZ

⁶ *Ibid.*, p. 216.

⁷ *Ibid.*, p. 233.